

DIVISADERO **ANTONIO PÉREZ HENARES**

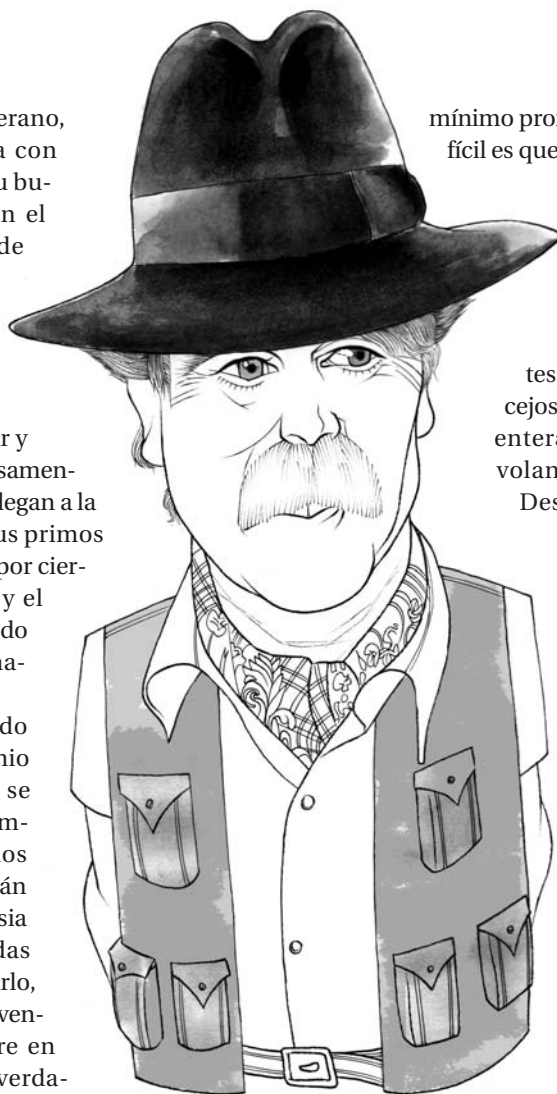
LA VOZ DEL VERANO

El sonido del verano, el que cuadra con su esencia y su bullicio, también el de los humanos, es el de las bandadas de vencejos haciendo pasadas sobre los aleros de las casas, chillando como niños, alegres de vivir, de volar y de que el cielo sea, precisamente, azul. Con el vencejo llegan a la ciudad en primavera sus primos la golondrina, cada vez por cierto en menor número, y el avión. En el vencejo, raudo y negro, apenas si nos habíamos fijado.

Pero es ahora, cuando ya está bien entrado junio cuando su presencia se convierte en sonora compañía. Tal vez porque los primeros jóvenes ya están volando y tienen ese ansia de los mozuelos de todas las especies de pregonarlo, pero lo cierto es que los vencejos convierten el aire en una algarabía. En una verdadera discoteca aérea donde ellos ponen todo, la música y el baile.

Porque todo en el vencejo es aéreo. Vive y muere en el aire. Hacer apoyado en algo sólido, que no en tierra, lo único que hace es nacer, hacer nacer y echar las plumas. Luego el vencejo ya es, para siempre, viento.

Sus cortas patas y sus largas alas le impedirían levantar el vuelo si tiene la desgracia de caer a tierra, a no ser que logre remontarse a un



mínimo promontorio. ¡Pero qué difícil es que un vencejo caiga a tierra!

Una vez salidos de sus nidos, normalmente bajo las tejas primeras y más sobresalientes de los tejados, los vencejos parece como si su vida entera la hubieran pasado volando, como así va a ser.

Desde muy jóvenes son unos maravillosos navegantes y unos consumados aeronautas. Allá arriba comen, atrapan cuanto mosca o mosquito se ponga por delante de sus bocas, allá arriba juegan y allá arriba, duermen. Porque los vencejos duermen suspendidos en el aire, duermen en la mejor cama posible, sueñan mecidos por el viento.

Sus evoluciones en las atardecidas no son a veces otra cosa que un irse remontando en las corrientes, hasta alcanzar una altura tal donde en círculos y sin que nadie les moleste, poder relajarse y descansar.

Entonces callan y duermen. Siempre, eso sí, con sus largas y finas alas extendidas.

Uno lo ha envidiado siempre. Tanto que en

“ PARECE COMO SI SU VIDA ENTERA LA HUBIERAN PASADO VOLANDO, COMO ASÍ VA A SER. DESDE MUY JÓVENES, LOS VENCEJOS SON UNOS MARAVILLOSOS NAVEGANTES ”

su sueño hubiera querido alguna vez ser uno de ellos:

*Allí estará el lecho en que me alcance /
el sueño del olvido
Y como un vencejo acunado en el aire
Como un vencejo durmiendo suspendido
Junto a la estrella de la tarde
Encontrar en la mañana el nuevo rumbo /
de mi vuelo*